

Tras las fuentes de Dante

Por Alfredo de MICHELI

Los filósofos estoicos de la antigüedad predicaban la doctrina de la repetición de los acontecimientos históricos, teoría defendida por Averroes y sus seguidores. En la época moderna, Nietzsche habla del eterno retorno de lo idéntico. Según Juan Bautista Vico, máximo exponente del historicismo latino, el progreso de la civilización describe una espiral, en la cual se repiten puntos en posiciones análogas pero a niveles distintos.

En la gran espiral de la historia, se encuentran varias épocas de transición, cada una con su peculiaridad e importancia, dominadas todas por una visión ecuménica y por la búsqueda afanosa de valores universales. Tales periodos, señalados impropriadamente como épocas de decadencia, representan en realidad momentos de recogimiento interior, de elaboración de ideas, de meditación de los problemas contemporáneos. Son los eslabones que reúnen y preparan los grandes momentos estelares de la humanidad, asegurando la continuidad de su progreso. En otras palabras, corresponden al concepto de la dinámica potencial, que Mirón expresó de manera admirable en el mármol. Así se explica el medioevo de los chinos, de los indús, de los egipcios, de los griegos. Aunque para fines didácticos se acostumbra considerar separadamente los ciclos históricos de pueblos y naciones, la historia de la civilización en su unidad esencial puede considerarse como una corriente vital que brota y se enriquece de múltiples manantiales para fluir, a través de infinitos canales intercomunicantes, hacia las orillas de la eternidad.

Cada época debe juzgarse en función de las reservas de energía vital (del *supplément d'âme*, diría Bergson), es decir, según la relación existente entre las posibilidades técnicas y el alcance espiritual. Los periodos de mayor cultura no son aquellos en los que la producción artística y literaria es más abundante; son aquellos en los que el sentido de la existencia es más intenso. Bajo esta luz, bien puede entenderse la aseveración de que la Edad Media no constituyó un atraso en el camino del hombre occidental (¿podría esto ser compatible con el continuo devenir del espíritu humano?), sino una fase de transición. Ésta preparó, en el silencio y en la humildad, las etapas sucesivas del Renacimiento y de la moderna civilización occidental, que floreció al oeste del antiguo *Imes germanicus*. Tal civilización se caracteriza por el hecho de que su íntimo devenir histórico es originalmente "filosófico", herencia fundamental del mundo helénico adaptada y transmitida a nosotros por el pensamiento medieval.

El Medioevo no fue por lo tanto un invierno escuálido y torpe, sino una temporada de otoño, como la define Huitzinga, con sus nieblas y sus luces, con sus colores pardos y sus tintas leonadas, con sus notas sollozantes y sus "andantes" vivaces. El espíritu de la civilización medieval no pereció; ninguna civilización desaparece completamente; se transforma en otra distinta. La íntima esencia del espíritu medieval está incrustada en nosotros mismos. Según la expresión acertada de Etienne Gilson, no podríamos eliminarla tan sólo con renegarla, así como un hombre no puede liberarse de su vida anterior al olvidar su pasado.

La Edad Media se desprende de las convulsiones del occidente, debidas a choques violentos de pueblos y naciones en las postrimerías del Bajo Imperio Romano. Se divide convencionalmente entre grandes periodos.

El primero dura desde el derrocamiento de Rómulo Augústulo por el jefe bárbaro Odoacro (476 de la era cristiana) hasta la coronación imperial de Carlomagno en Roma (800 de nuestra era). En esta etapa, en la que se produce la fusión de elementos humanos tan discrepantes (nórdicos, asiáticos, mediterráneos), se produce una verdadera revolución del pensamiento. La filosofía cristiana de la libertad se impone sobre las antiguas filosofías griegas de la necesidad. No faltan las grandes figuras de maestros y organizadores del orden social. Cuando Roma ya no es la capital del mundo occidental y en vísperas del cierre de las escuelas de Atenas, se levanta la voz inspirada de Severino Boecio, hombre de pensamiento y de acción, que transmite la cultura clásica a la Edad Media. Magno Aurelio Casiodoro, tras de haber propiciado la fusión de los Ostrogodos con los Romanos, elabora en la paz de Vivarium las bases del sistema de enseñanza medieval (aprendizaje de las siete ar-

tes liberales). Benito de Nursia, heredero de la tradición oriental de Pacomio, redacta y vive su regla religiosa fundada en la oración y en el trabajo. Más tarde, Isidoro de Sevilla en España y el venerable Beda en Inglaterra, rehacen la obra enciclopédica de Varrón para utilidad de todos los cristianos.

Durante el largo periodo en que las invasiones bárbaras devastan el continente europeo, particularmente en el siglo séptimo, la cultura latina se conserva en el sur de Italia y en las Islas Británicas. Los monjes basilianos y los benedictinos salvan el patrimonio de la antigüedad greco-romana para las generaciones futuras. A través de las cabezas de puente bizantinas en la península italiana, el mundo occidental recibe la influencia benéfica de la cultura y de la civilización de Bizancio, la "segunda Roma". Para subrayar tal continuidad, el emperador bizantino lleva el título de rey de los Romanos. Los fastuosos templos de Ravena, así como los florecientes centros culturales de Italia meridional, son testigos de los intercambios activos de ideas y de influencias entre el Oriente y el Occidente.

En esta primera etapa, a la sombra de las catedrales romano-barbáricas y en el silencio de los claustros aislados, se realiza la síntesis prodigiosa de los factores básicos de la civilización occidental: romanidad, germanismo y cristianismo. Los Romanos aportan una larga tradición de sabiduría y de equilibrio; los Germanos, el vigor de una raza joven y fuerte; el Cristianismo, un ideal de amor fundamentado en la fraternidad de todos los hombres. No tardan en producirse los primeros frutos de la benéfica reacción, catalizada por la continua mezcla de sangre entre razas tan diferentes. Se afianzan las escuelas conventuales y episcopales (capitulario de Carlomagno en 789), núcleo primitivo de lo que serán más tarde deslumbrantes centros de estudios. Se comienzan a codificar las normas y las tradiciones jurídicas de los bárbaros, rectificadas y humanizadas por la influencia del derecho romano. Se promulgan en Italia los edictos de Rotari (643) y de los otros reyes lombardos, en los cuales el principio de la justa reparación de una ofensa (*Wehrgeld*) substituye al de la venganza (*faida*). Al mismo tiempo se recopilan las leyes visigodas en España. Por otra parte, en Inglaterra nace una verdadera literatura nacional: las primeras poesías anglosajonas de Coedman (680), el poema épico de Beowulf (700), las baladas de Aldhelm de Malmesbury (709). Más aún, el misionero Bonifacio —un sajón del Wessex— abandona su isla natal para desparramar los tesoros de la sabiduría antigua y de la espiritualidad cristiana entre los germanos del continente. En la escuela episcopal de York, el joven Alcuino se prepara para la noble y fecunda labor que desarrollará más tarde como ministro de Carlomagno y que le valdrá el título de "Praeceptor Galliae".

Hacia el final de la época, las victorias de Poitiers en occidente (732) y de Akroinon en oriente (740) alejan de manera definitiva la grave amenaza árabe. Como consecuencia de tales acontecimientos se inicia la "Reconquista" de la península ibérica que en algunas fases, con la participación de toda Europa occidental, asume un aspecto de verdadera Cruzada. El espíritu de la "Reconquista" se proyecta sucesivamente en la hazaña de América.

En los siglos noveno y décimo, el anhelo agustiniano de la "Ciudad de Dios" es finalmente una realidad: la doctrina cristiana se impone como filosofía oficial del Sacro Imperio romano-germánico. Nace un humanismo cristiano auspiciado por la corte imperial de Aquisgrán. Alcuino, el español Teodulfo, Pablo Diácono de Monte Casino y Rábano Mauro "Praeceptor Germaniae", inician el renacimiento de la pedagogía antigua. Aparecen, en el continente, los primeros documentos redactados en los idiomas nacionales o populares "vulgares": las cartas de población para los idiomas hispánicos, la Plegaría de Wessobrunn (800) y la Heliand o Vida de Cristo (825) en Alemania, el juramento de Estrasburgo (842) y la cantilena de Santa Eulalia (880) para el francés, la escritura notarial de Capua para el italiano y la Bogurodzica en Polonia (siglo X). En Inglaterra, se producen auténticas obras maestras como la versión anglosajona del *Liber regulae pontificalis* por el rey Alfredo y, más tarde, las homilias del abad Aelfric. La artesanía recibe

mayor incremento (recuérdense las hermosas miniaturas carolingias: por ejemplo, la Biblia de Carlos el Calvo y el Salterio de Utrecht) y se esbozan las primeras reformas sociales (constitución de los gremios artesanales hacia 852). Se edifican las grandes catedrales romano-carolingias (San Filiberto de Grandlieu, San Filiberto de Turnus, etcétera); florece el arte mozárabico (San Miguel de Cuxa), San Quirce de Pedret, etcétera). A través de la marca hispánica, llegan al occidente las influencias de la civilización árabe. Ésta, habiendo recibido de los sirios y profundamente asimilado el patrimonio substancial de la cultura greco-romana, lo enriquece de nuevos elementos vitales y lo difunde por los refinados centros ibéricos de Córdoba, Sevilla y Granada.

Persiste la estructura feudal de la sociedad y predomina el tipo de economía cerrada o local, es decir, el intercambio de productos agrícolas y artesanales limitado a los habitantes de una ciudad o de un feudo determinado. Sin embargo, el poder central comienza a regularizar de manera más directa y eficaz la actuación de los feudatarios. De hecho, son nombrados los "Missi dominici", funcionarios del gobierno encargados de ejercer el control administrativo en las provincias. Se esboza así el conflicto entre monarquía y potentados, que alcanza su máxima intensidad en el siglo décimoséptimo con los disturbios de la Fronda, en Francia, con la lucha civil entre "cabezas redondas" y "caballeros", en Inglaterra, y con la guerra de Treinta años, en Alemania. Se realizan las primeras reformas agrarias, como la introducción del sistema de la "participación" en las tierras de las abadías benedictinas de Nonantola, cerca de Modena, y de Santa María de la Pomposa, cerca de Ferrara (el sistema mencionado sigue aplicándose todavía en estos pueblos italianos). Además, se constituyen los alodios, pequeñas propiedades sin vínculos de dependencia feudal, en Italia, en Flandes, en Cataluña.

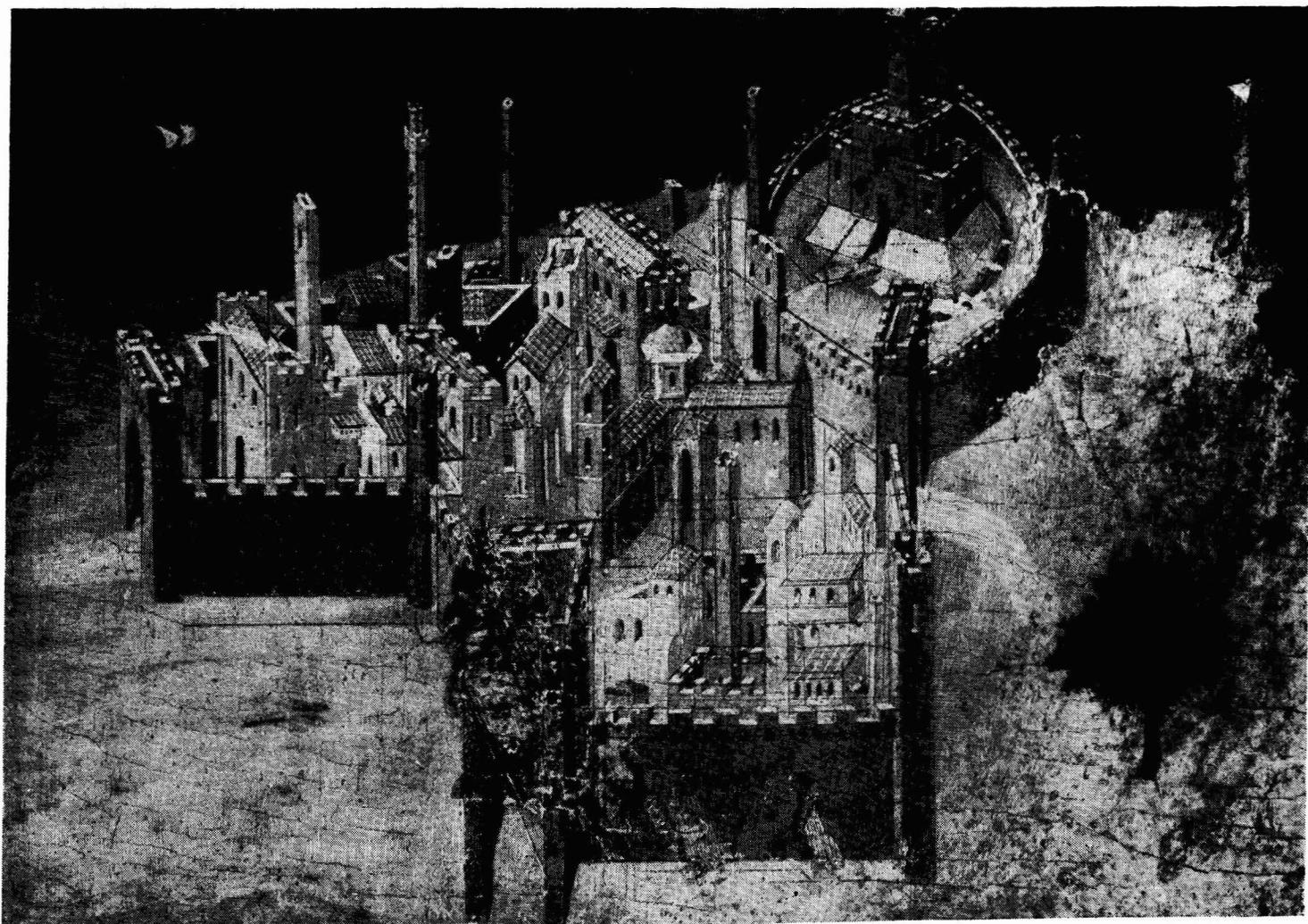
A lo largo del siglo décimo, pese a la nueva ola de invasiones bárbaras —las normandas—, la cultura latina se mantiene viva en las grandes escuelas episcopales y conventuales de Inglaterra (York, Canterbury, Wearmouth), de Francia (París, Laon, Reims, San Martín de Tours, Cluny, Fleury-sur-Loire), de Alemania (Fulda, San Gall), de Italia (Monte Casino, Farfa, Nonantola, Bobbio). Florecen poetas delicados, como Notker de San Gall, y hombres de ciencia como los maestros de las

escuelas de medicina de Salerno y de Córdoba. La cultura enciclopédica se reanima gracias a la enseñanza y a la obra de Gerberto de Aurillac, intermediario entre la ciencia árabe y las escuelas de occidente. Aparecen los gérmenes de un teatro cristiano, que evoluciona desde las sagradas representaciones de carácter popular hasta las comedias religiosas de Hrotsvita de Gandersheim.

El tercer periodo, que principia en el año mil y se extiende hasta el siglo décimocuarto, sella la época gloriosa de los Municipios libres. Estos pueden constituirse en Italia gracias a Otón el Grande; en Flandes, a Thierry de Alsacia; en Francia, a Luis X. Determinados burgos y ciudades consiguen privilegios y franquicias, como lo recuerdan sus nombres: Villafraña, Villefranche, Freiburg, etcétera.

Con las Cruzadas, cambia el sentido de las grandes migraciones de masas humanas. En la alta Edad Media, hubo un movimiento continuo de pueblos desde el oriente hacia el occidente; a finales del siglo undécimo, comienza a fluir una corriente migratoria en dirección opuesta. En este brote general de entusiasmo y de fuerzas nuevas, florecen la cultura, el arte, las ciencias. Alfonso VI de Castilla funda en Toledo la escuela de Traductores que, impulsada sucesivamente por Alfonso VII y por el arzobispo Raimundo, recoge la brillante herencia espiritual de los califatos de Córdoba y de Sevilla y representa la confluencia de oriente y occidente a través de las culturas griega, árabe, judía y cristiana. Se crea así aquella atmósfera tan peculiar de Toledo, que penetra más tarde en los lienzos del Greco. Asimismo, en el siglo undécimo, Constantino el africano inicia el periodo áureo de la escuela médica salernitana en donde se preparan, además de innumerables generaciones de médicos, las primeras doctoras y enfermeras tituladas de la antigüedad ("mulieres salernitanae"). Se construyen las majestuosas catedrales y abadías románicas de Espira, Lincoln, Canterbury, Conques, Manresa, San Pons, Tahull, Ripoll, Cardona. Guy de Arezzo descubre las siete notas de la escala musical.

En el siglo XII, el espíritu evangélico se renueva: brotan los movimientos religiosos populares de carácter ortodoxo o francamente herético. Se edifican las obras maestras del arte románico: Vezelay, Moissac, Souillac cuyas esculturas evocan aquellas de los templos contemporáneos de Angkor Vat. Las paredes de las soberbias catedrales románicas y romano-car-



"no fue por lo tanto un invierno escudido y torpe, sino una temporada de otoño"

lingias, cuyos motivos ornamentales se inspiran en el simbolismo de la Biblia y de la naturaleza, se cubren de murales que explican las sagradas escrituras a multitudes de analfabetos (*Biblia pauperum*). Triunfa el arte morisco en España, el árabe-normando en Sicilia. Se perfila el arte gótico en las austeras abadías cistercienses.

Los trovadores cantan el ideal del "amor cortés" en las elegantes residencias señoriales de Provenza y de Aquitania. Salen a la luz, en el continente, las primeras obras monumentales de las literaturas nacionales: el *Cantar de mio Cid* en España, el *Roman de Renard* en Francia, las baladas de la escuela poética siciliana. Nace el intelectual moderno, podríamos decir el universitario, cuyo prototipo es Pedro Abelardo, que defiende la autonomía de la lógica respecto a la teología. Honorio de Autun afirma que la ciencia es la patria del hombre; la ignorancia, su destierro. Este innovador agrega la enseñanza de las técnicas y de las ciencias naturales y políticas al programa tradicional de las siete artes liberales. Se difunde el humanismo de la escuela de Chartres, humanismo integral, no formal. Los humanistas del siglo XII, que se dedican a la enseñanza pública y participan dinámicamente en la vida social de la época, son los auténticos "chefs de file", mientras que los eruditos del siglo XVI, aislados en su torre de marfil, representan más bien los "faros".

Los estudiantes peregrinos "clerici vagantes", que siguen los cursos del *Trivium* (Gramática, Retórica y Dialéctica) y del *Quadrivium* (Aritmética, Geometría, Música y Astronomía), giran de una ciudad a otra siempre con el afán de aprender cosas nuevas y de visitar países lejanos. En Bolonia, se inicia el estudio y la divulgación del derecho romano, fundamento de una sociedad civil autónoma, con las anotaciones y los comentarios que Irnerio y sus discípulos, Búlgaro, Martín Gosia, Jacobo, Hugo, etcétera (los "glosadores") hacen al *Corpus iuris civilis* de Justiniano. Este grupo de jurisconsultos prepara las bases de la primera Universidad (*Universitas studiorum*): la de Bolonia, reconocida por el emperador Federico I de Suabia en 1158. El cabildo de Notre Dame de París funda en 1180 el "Colegio de los diez y ocho", núcleo primitivo de la futura Universidad autorizada por el rey Felipe Augusto en 1200. La Iglesia proclama el principio de la enseñanza gratuita (III Concilio de Letrán, 1179). El papa Inocencio III reconoce en sus *Diálogos* el carácter laico de la instrucción pública.

Se consolida la conciencia social del pueblo, que comienza a darse cuenta de sus deberes y de sus derechos. Los señores feudales son expulsados de las ciudades, su poderío disminuye gradualmente en las provincias. Se delinea la formación de una sociedad clasista y mercantilista primero en Italia, más tarde en el norte de Francia, en los Países Bajos, en Alemania y en Inglaterra. La unión de los libres Municipios lombardos permite humillar la jactancia de los emperadores germánicos e infligir a Federico Barbarroja la severa derrota de Legnano.

Entre los conflictos violentos que oponen el Papado al Imperio en el siglo XIII, soplan vientos de rejuvenecimiento sobre la Iglesia. Las órdenes religiosas se renuevan en un afán de apostolado social. Los monjes, que representan el eslabón entre la cultura tradicional y la moderna, se trasladan desde los antiguos monasterios, perdidos sobre montañas solitarias o dentro de valles silenciosos, hasta el corazón mismo de las ciudades. Ahí participan activamente en la vida cívica y enseñan al pueblo con la palabra y con el ejemplo. En los Municipios brotan las fuerzas vivas del pueblo, que establece una sociedad nueva y expresa en la arquitectura religiosa y civil su fe en Dios, su respeto a las instituciones cívicas, su amor de la vida. Los ciudadanos son agrupados en dos categorías: los "grandes", con derechos políticos limitados, y los artesanos, que se hacen cargo del manejo efectivo de la cosa pública (el propio Dante debe inscribirse al gremio de los médicos y farmacéuticos para tener acceso a la vida pública en la comuna de Florencia). De esta manera, se vuelven siempre más fuertes los gremios profesionales y artesanales, que reemplazan a los antiguos "Collegia opificum" de los romanos y duran hasta la revolución francesa. Dichos gremios constituyen la médula de la ciudad-estado medieval, estructurada sobre una base corporativista, bien distinta por cierto de la antigua *polis* griega y de las repúblicas marineras italianas, regidas por estrictas oligarquías. Los diferentes gremios de comerciantes y artesanos edifican las aéreas catedrales góticas con el ritmo y la gracia de un himno elevado a la gloria del Creador. Todo el pueblo participa en la intensa vida espiritual del momento acompañando en procesión a las Vírgenes de Ducio de Buoninsegna y de Simone Martini en Siena, apasionándose en las disputas filosóficas y teológicas en París. Este pue-

blo vive al unísono con su bellas catedrales, orgullo de las poderosas corporaciones artesanales de Italia, de Flandes, de Alemania y de Inglaterra.

La economía reflorece y se desarrolla rápidamente. Los bancos incrementan el comercio: en Florencia —recuérdese el Banco de los Bardi y Peruzzi para el cual trabaja Boccaccio en el siglo XIV—, en Milán, Génova, Venecia, Champagne, Flandes, Inglaterra. Muy pronto, ciertas instituciones comerciales se extienden desde Génova y Milán hasta Londres, con estaciones intermedias en París, Bruselas y Brujas. En todas estas ciudades, existe todavía una calle de los "Lombardos", como recuerdo de los banqueros y mercaderes italianos. Las repúblicas de Génova, Venecia, Pisa y Amalfi, los Catalanes y los Bizantinos intensifican los intercambios comerciales con el mundo oriental. Se efectúan los primeros viajes y las primeras descripciones geográficas en el lejano oriente. Marco Polo descubre a sus conciudadanos las maravillas del fabuloso Katay y Flavio Gioia trae al occidente los inventos de los navegadores chinos.

En el marco del movimiento gremial, se desarrolla y se afianza la Corporación universitaria. Los privilegios esenciales de la Universidad son tres: jurisdicción autónoma, derecho de huelga y de secesión, monopolio del otorgamiento de los grados académicos. Recuérdese que la Corporación Universitaria de París sostuvo la gran huelga de 1229 a 1231 y se trasladó a Orléans hasta que el gobierno de Blanca de Castilla y de Luis IX reconoció sus derechos. La estructura de la Universidad, basada en las diferentes "notiones" que la componen, y su derecho de otorgar la "licentia ubique docendi" comprueban el espíritu ecuménico de la cultura medieval, considerada como un bien común de toda la Cristiandad. La Universidad de París se impone como el centro reconocido de los estudios filosóficos y teológicos. La Universidad de Oxford, aprobada en 1214, brilla esencialmente en el campo científico. En dicha Universidad, el franciscano Rogerio Bacon elabora el concepto y acuña la expresión de ciencia experimental (*scientia experimentalis*), auspiciando el trabajo de grupo. En este periodo florecen otras Universidades: la de Palencia, fundada por Alfonso VIII de Castilla en 1208, la de Padua (1222), la de Nápoles (1224), Tolosa (1229), Cambridge (1240), Salamanca (1254), Coimbra (1290).

Se despierta el interés por las ciencias naturales y por el racionalismo griego. El saber se condensa en compendios (*summae*), que favorecen su sistematización y su difusión. Estos compendios, verdaderas catedrales de ideas, contienen las grandes síntesis cristianas que se inspiran en Aristóteles para interpretar el orden de las cosas sensibles y en Platón para comprender el orden de las cosas divinas. De hecho, en las Universidades se revive a Aristóteles, anunciado por Abelardo, introducido por los traductores españoles e italianos, readaptado en la exégesis de los comentaristas griegos, árabes y judíos, asimilado por los pensadores cristianos. En este momento crítico, el pensamiento occidental tiene que escoger entre el necesitarismo de Averroes y una metafísica de la libertad divina.

Alberto el Grande, dotado de un espíritu de observación poco común en su época, define el estado de las ciencias en el mundo cristiano. Pero solamente los nominalistas del siglo XIV, en particular Juan Buridano, Alberto de Sajonia y Nicolás Oresme, iniciarán la verdadera ciencia moderna descubriendo ciertas leyes fundamentales en el campo de la cinemática, de la estática y de la astronomía, mientras que en Oxford se elaborará la lógica matemática.

Tomás de Aquino reúne el racionalismo aristotélico y los grandes temas agustinianos para elaborar una filosofía realista, dialéctica, existencialista, que explica el destino de la humanidad en sus etapas de partida y retorno a su origen: Dios. El tomismo, que utiliza el método escolástico sin ser "la Escolástica", resalta como fuerza dialéctica y ajena del principio de autoridad en la siguiente afirmación del Doctor Angélico: "Si nosotros resolvemos los problemas de la fe por la sola vía de la autoridad, poseeremos por cierto la verdad, pero en una cabeza vacía" (*Quodlibet*, IV, artículo 16, París, 1271). La filosofía tomista interpreta el conocimiento humano como un proceso de síntesis activa a partir de los datos de la experiencia sensible ("Lo que no cae bajo la acción de los sentidos no puede ser aprehendido por el intelecto", S.c.g., I, 3). De todos modos, esta doctrina parece casi cerrar al alma los caminos directos que pueden llevarla hacia el conocimiento de Dios. Esto explica el gran auge del tomismo en el concilio de Trento y durante el movimiento de la Contrarreforma.

Paralelamente a la difusión y a la evolución de las doctrinas racionalistas aristotélicas, sigue la trayectoria continua del neo-

platonismo en occidente. Tal doctrina, en la que confluyen elementos de las Upanishadas indúes, de la tradición judía y de la más elevada especulación filosófica griega, se basa en la experiencia mística individual. Analiza las dos etapas del camino del hombre: la caída por un proceso de degradación y el retorno hacia la divinidad mediante la búsqueda afanosa del Uno en lo más íntimo del propio ser. Formulada en la escuela de Alejandría por el genio de Plotino, llegó a los Padres y Doctores de la Iglesia primitiva, fue reelaborada por el Pseudo-Dionisio y transmitida al occidente por San Agustín. Adoptada en el siglo noveno por Juan Escoto Erígena, influida por Proclo y Avicena, debía desembocar en la mística ortodoxa del Doctor seráfico, de Meister Eckhart y de Ruysbroeck o continuarse en el pensamiento de los maestros de la Reforma protestante.

Todas estas adquisiciones y motivos encuentran su expresión poética más elevada y más completa en Dante Alighieri, autor del "poema sacro, al quale ha posto mano e cielo e terra". El florentino, que había cursado en las escuelas franciscanas de Santa

versal que anuncia a Erasmo. En la visión dantesca del Paraíso, el espíritu del averroísta Sigerio de Brabante comparte la gloria del cielo del sol con el espíritu de Tomás de Aquino, su antiguo adversario y campeón de la ortodoxia católica.

Dante sienta las bases de una concepción política moderna, basada en la independencia de la autoridad civil respecto a la religiosa y viceversa, autonomía recíproca proclamada ya por el papa Gelasio I (véase la teoría de los dos soles en el tratado *De Monarquía*). Esta doctrina prepara aquella del estado laico y nacional, defendida en el siglo XIV por Guillermo de Ockham y por Marsilio de Padua, consagrada por el cardenal de Richelieu en el siglo XVII y sintetizada por el conde de Cavour en la célebre fórmula: "Una Iglesia libre en un Estado libre".

El pensamiento de Dante alcanza la definición suprema del concepto cristiano del amor. Este último representaba una manifestación negativa en la antigua filosofía griega, en sus aspectos de pasión terrenal simbolizada en la Venus Pandemia y de amor filosófico significado en la Venus Urania. En ambos casos, se



"se educaba en la belleza, sin darse cuenta, como los perfectos religiosos deben orar sin saber que están orando"

Croce y en las dominicanas de San Marco, es recordado como teólogo antes que como poeta en el epitafio dictado por Juan de Virgilio para su tumba de Ravena. Supo Dante realizar la síntesis de todos los valores artísticos y morales o, en otras palabras, de las inquietudes y de las aspiraciones del espíritu de la Edad Media. En él se funden el racionalismo cristiano de Tomás de Aquino y la rica herencia agustiniana, el averroísmo político y el misticismo evangélico de Francisco de Asís.

Su poesía es a la vez realista ("Quando si parte il gioco della zara"...), visionaria (la alegoría del "Veltro"), soñadora ("Il vascello incantato"), anhelante hacia lo desconocido (la osada aventura de Ulises, símbolo de las audacias de la mente humana). En su obra se encuentran la pasión del hombre de partido y la visión ecuménica de su época ("nuestra patria es el mundo", afirma Dante con orgullo en el tratado *De vulgari eloquentia*), la melancolía del desterrado y la fe del apóstol, el fresco sentido de la vida y las fantasmagorías alucinantes de lo sobrenatural. Por un lado, la venganza política (episodio de Felipe Argenti y de Bonifacio VIII, en la cantiga del Infierno); por el otro, un sentido de tolerancia y de conciliación uni-

trata de algo que falta, lo cual expresa limitación e imperfección. A través de los neoplatónicos, de Agustín, de Bernardo de Claravalle, de los "Vittorini", de Francisco de Asís, esta visión del amor se transfigura. Se delinea finalmente en Dante como un concepto positivo y dialéctico, expresado con la espontaneidad y la sinceridad del "dolce stil nuovo". El amor cristiano es deseo de dar, no de recibir: corresponde a una plenitud desbordante. Es dinamismo y contemplación al mismo tiempo; así lo había sentido ya Plotino al definir el amor como "una contemplación operante" (Enn., VI, 7, 34). En Dante, el Eros de Platón, tensión inquisitiva hacia la sabiduría, se vuelve Intelecto de amor ("Donne ch'avete intelletto d'amore"). El amor es considerado como connatural y peculiar de los espíritus nobles ("A cor gentil, repara sempre Amore"; "Amor e cor gentil son una cosa").

En la obra de Dante, se reflejan la vida y los sentimientos de los hombres en aquellos tiempos incomparables — así se expresa Jacques Maritain — en los cuales un pueblo ingenuo se educaba en la belleza sin darse cuenta, como los perfectos religiosos deben orar sin saber que están orando.